

La HONDA de DAVID por Sebastián Salazar Bondy

IDEOLOGÍAS: NACIONALIDAD y UNIVERSALIDAD

Ninguna falacia tan grande, entre las muchas que las candidaturas y partidos ahora en competencia electoral echan a rodar, que aquella que atribuye a ideologías y doctrinas una nacionalidad. O al revés, que recortan de aquello que es producto del pensamiento humano lo que lo hace más trascendental: su universalidad. Universalidad, además, por sobre el espacio y el tiempo. Hablar de "ideas foráneas" y "doctrinas importadas", o referirse —lo que es lo mismo— a "El Perú como doctrina" o a "lo nacional como sistema filosófico-político" constituye no sólo una negación de la ecumenidad de la mente humana y sus lucubraciones, sino que es, de hecho, una trampa para que caigan, mordiendo el anzuelo chauvinista, los intonsos. En ambos casos, el dirigente o intelectual que consiente con semejante embuste es culpable de grave estafa moral.

La propia idea de nacionalidad es, en último análisis, una convención. Si bien es cierto que hay pueblos y agrupaciones de pueblos que tienen un origen común, coparticipan de costumbres y modos de vida, tienen un destino que sólo puede realizarse mediante la cooperación, etc., el progreso intelectual y técnico del mundo ha comenzado a pasar por sobre las fronteras un borrador de comunicaciones frecuentes e internacionalizantes. Lo que antes unía la lenta nave que atravesaba, colmada de noticias que el puerto recibía ya rancias, los vastos mares, está ahora tan cerca como lo están la voz y el oído en la directa transmisión de hombre a hombre. Así van de una antípoda a otra la información de una catástrofe, de un éxito científico, de una nueva droga contra el mal pertinaz. La historia, a la postre, ha concluido por lograr que en Pekín y Lima, en París y Johannesburgo, en Helsinki y Hawai, habiten los mismos hombres, los que tienen por ideal al Hombre libre y dichoso. La nacionalidad será dentro de muy poco solamente una jurisdicción administrativa.

Lo primero que siempre recorrió de un cabo a otro el orbe, incluso antes de las galeras, fueron las ideas sistematizadas y teleológicas: cuando Pablo de Tarso habló a los griegos del cristianismo es probable que sólo los estúpidos le reprocharan importar doctrinas extranjeras, y cuando Tomás de Aquino o Agustín de Hipona adecuaban Aristóteles y Platón respectivamente al evangelio de Cristo, es indudable que nadie —salvo algún bárbaro todavía en proceso de romanización— se atrevió a considerarlos dos agentes de ideologías foráneas. Los ejemplos pueden multiplicarse: Adán Smith, Ricardo, Hume, todo el filosofismo liberal, ¿no hicieron las democracias burguesas, incluída la tan lamentable nuestra? ¿Thoreau, con su "resistencia civil", y Gandhi con su "no violencia", norteamericano el uno, hindú el otro, no influyen acaso en los postulados del moderno pacifismo? ¿Qué leen y difunden, si no son ideas francesas, Unanue y los "Amantes del País" entre los inquietos criollos de nuestra independencia? ¿Qué inspira a Bolívar y San Martín en su gesta liberadora sino la bibliografía del liberalismo norteamericano, las palabras de Jefferson, Franklin y Payne? ¿No está Lincoln en el fondo de la acción de Castilla y aún de la de Piérola, como Bakunin y Kropotkin se hallan en las cartilinas de González Prada?

Al belaundismo, a su jefe y a sus dirigentes pregunto si es honesto que ellos propongan ahora la historia del Perú, que es una crónica —heroica y brillante, sí, pero crónica al fin y al cabo—, como fuente de doctrina, rechazando todo el resto, en una especie de autarquía ideológica fascista, como extraño a la realidad nacional. Ninguno de dichos señores ignora que tanto el socialismo cuanto en el zen budismo, el luteranismo cuanto el kantismo, el anarquismo cuanto el quietismo, etc., son ideologías universales porque se ocupan del hombre, su vida, su origen y su sentido, y que por consecuencia pueden regir (no digo, ¡atención!, que sean verdad ni que aporten una solución a la problemática nacional y mundial) para el Perú y para la Indonesia.

Sé que es inútil en estos tiempos debatir nada en el terreno de los principios, y menos aún con resentidos y fanáticos, pero corro el albur y propongo el tema para una controversia pública. Los partidarios de la ideología local deberán exponerla explicarla y defenderla sin recurrir a ningún elemento ideológico "foráneo". Les doy una ventaja: pueden usar la lógica formal (que no fue inventada, en el Perú), el idioma español (que importaron al país los conquistadores) y los hallazgos arqueológicos y antropológicos sobre las culturas prehispánicas descubiertos por estudiosos extranjeros (de Uhle a Bennett). No creo que ganaré por sabio sino simplemente porque mis adversarios —los difusos difusores de la falacia de las ideologías y las doctrinas con nacionalidad— no podrán en la discusión abrir la boca.